

dio tendría que entrar en el conocimiento del poeta-hombre, al que no conozco; solamente el estudio de su personalidad humana nos podría llevar al conocimiento del hombre-poeta. No obstante, tengo la certeza de la recia contextura humana y viril de Celaya: su obra le delata en todas sus proporciones. Es curioso comprobar que sólo los grandes hombres, vitales, plenos, han sido capaces de ser grandes poetas. La poesía es humanidad: inquietudes, afanes, problemas, desmayos, sentimientos, ideas, sueños y vigiliias. Sólo después la poesía es palabra, y a ello se dedicó Celaya después de vivida—y bien vivida—su humanidad y la humanidad de sus semejantes. Así pudo llegar a decir:

«Aquí estoy con mi boina, mi sombra, mis zapatos,  
mi cuerpo, mi momento, mi idea intransferible,  
y nadie, nadie puede decir lo que yo digo,  
decir como yo digo».

No se puede negar que el poeta ha vivido, pues que acusa un rico caudal de experiencias. Percibe y expresa como quien se toma un vaso de agua, como quien aspira y respira.

Ahora digamos: ¿Es original la poesía de Celaya? Más bien podremos decir que es personal. Celaya no inventa los temas: vuelve a repasar los eternos con el prisma de su extraordinaria sensibilidad y de su sinceridad aplastante. La poesía de Celaya bebe en cosas primordiales y convencionales. La Poesía—de creer a Chesterton—no puede expresar lo original, sino en el sentido en que hablamos del pecado original, como he leído recientemente. «Ella es original, no en el sentido mediocre de ser nueva, sino en el sentido profundo de ser vieja; ella es original, en tanto que trata de los orígenes».

Esto es cuanto nos enseña «Lo demás es silencio». La angustia que destila la poesía de Celaya, ese escepticismo sentido y lamentado que algunos han localizado como expresión clara y neta de un existencialismo moderno, como si el existencialismo no tuviera orígenes remotísimos, encuentra su revelación más trágica en versos como el que sigue:

«Debe haber un error. No cabe sufrir tanto».

No es otra cosa que el afán de saberse sobre la tierra, el objeto de nuestra vida y el misterio de la muerte inevitable:

«Mas yo me he desnudado hasta el origen  
y lanzo en el vacío mi «quién vive».

A veces esa inquietud, cuando trasciende al prójimo, en el deseo del poeta de recoger toda la angustia de su tiempo, raya las fronteras de lo social, y entonces se hace eco de la desigualdad reinante, en la que sus quejas personales no son más que las del hombre cualquiera que se debate con sus problemas, algo así como unas nuevas «Complaintes»:

«Tan sólo al ser en otros nos hallamos,  
respiramos tranquilos, descansamos».

En este aspecto, Celaya se nos muestra profético y consolador, salvador de masas y director de espíritus. Es el poeta en el sentido histórico de la palabra. El mismo se sabe transcendental y bueno, consciente de la misión que le ha sido confiada:

«Soy más que mis palabras

o bien

«El perro que en mí ladra vale un hombre que reza».